

les; puesto que sólo tiene de común con ellos la naturaleza, pero no la culpa. Olvidaban además, que el título de Inmaculada le fué dado por Orígenes, el Crisóstomo y San Juan de Alejandría. No reflexionaban que esta creencia debía ser muy general y popular, cuando el mismo Islamismo se apoderó de ella, puesto que un comentador del Corán dice en términos expresos: «Todo descendiente de Adán, desde el momento que viene al mundo, es tocado por Satanás en el costado; mas debe exceptuarse á Jesús y su Madre, por cuanto Dios interpuso entre ellos y Satanás un velo que los preservó del fatal contacto.»

Pero cortemos aquí esta digresión, y sigamos el hilo de la historia. (1)

El rey Roberto, no contento con haber hecho edificar en las márgenes del Loire monasterios dedicados á María, instituyó una Orden militar con el nombre de Nuestra Señora de la Estrella. Con este nombre poético designaba á la Virgen; porque ella había aparecido en el horizonte del mundo como un astro benéfico que venía á disipar las tinieblas. Estos caballeros, escogidos entre la flor de la nobleza, tenían por gran Maestre al mismo soberano, y llevaban en el pecho una estrella de oro, para recordarles incesantemente que habían consagrado á María su corazón y su espada. Poco después el Papa Urbano II ordenó que todos los días por la mañana, á mediodía, y á la tarde, la campana invitase á los fieles á invocar á María por el buen éxito de las Cruzadas; tal fué el origen del *Angelus*. Las guerras santas tuvieron un término, pero esa oración sobrevivió á su causa primitiva. Los cristianos comprendieron su necesidad, considerando que la vida es una cruzada continua, y que el mundo, el demonio y la carne son enemigos más indomables aún que los turcos y sarracenos. No obstante, hasta el reinado de Luis XI no se introdujo en Francia el *Angelus*, tal cual hoy lo recitamos; pero en aquella época el fervor era más vivo y nadie se mostraba sordo á la campana de Nuestra Señora. Sucedió á la sazón en Francia lo que actualmente en la católica España. Al sonido de la campana, el que paseaba detenía sus pasos, el viajero suspendía su marcha, el artesano interrumpía sus trabajos, las conversaciones cesaban súbitamente, los cánticos enmudecían, y la multitud, recogida, todos murmuraban en voz baja la salutación angélica.

El siglo XII mostróse lleno de fervor hacia el culto de María. Aplaudía las graciosas *palinodias* de los trovadores normandos y las sencillas baladas de los bardos armoricanos, que celebraban las grandezas de la Reina de los Angeles. Escuchaba con avidez las elocuentes palabras de San Bernardo, y repetía con él: «¡Oh María! Vos sois la única Mujer en la cual el Salvador ha hallado su descanso, y depositado sin tasa todos sus tesoros. Por eso ¡oh Santa Reina! el mun-

(1) Omitimos un párrafo del autor francés, por no parecernos oportuno en este discurso.  
(N. del Editor.)

do entero honra vuestro casto seno como al templo de Dios en el cual comenzó la salvación de la humanidad, puesto que en él se obró la reconciliación entre Dios y el hombre. ¡Oh augusta Madre de Dios! Vos sois aquel jardín cerrado, en donde jamás penetró mano alguna manchada por la culpa, para coger esas flores, llamadas por la Iglesia la violeta de la humildad, la azucena de la pureza, y las rosas de la caridad.»

En el siglo siguiente apareció un fundador de una Orden religiosa, un poderoso reformador, un hombre de genio y, más que todo esto, un gran Santo, á quien cierta escuela se ha complacido en representar como un feroz inquisidor, ávido de sangre y de tormentos. Hablo de Santo Domingo de Guzmán. ¿Y queréis saber cuál fué la única persecución que ejerció contra los albigenses? Rezaba el Rosario por su conversión... ¡Hé aquí todo! En efecto, con este objeto instituyó esa santa y preciosa devoción que bien pronto se extendió por do quiera, produciendo los más ópimos frutos. ¿Y cómo pudiera no suceder así, siendo el Rosario la síntesis del Evangelio, el resumen del Catolicismo, puesto que enseña todo cuanto el cristiano debe creer y pedir, acomodándose á todas las jerarquías de la inteligencia?... Por eso no sólo el pueblo, si que también los monarcas le adoptaron con avidez. Luis IX, Eduardo III, Luis XI, Carlos *el Temerario*, Francisco I, Carlos V, D. Juan de Austria, Enrique IV y Luis XIV rezaban el santo Rosario. ¡Y sin embargo, los racionalistas no cesan de decir que es una devoción fútil! Dejémosles, y roguemos por ellos; tal vez ese desdén que afectan no existe más que en sus labios y de ningún modo en el corazón. Llegado el momento del peligro, quizás mirarán las cosas de otro modo. Buen testigo el famoso autor de las *Ruinas*. Mirase sorprendido por una tempestad en las costas de Baltimore; la furia de los vientos y el desencadenamiento de las olas presagiaban al buque un naufragio inminente. Todos los pasajeros se ponen en oración, y el incrédulo Volney, tomando un Rosario, empieza á rezar con extraordinario fervor. La tormenta calma; y uno de los viajeros, á quien chocara sobremanera la conducta de Volney, le dice maliciosamente: «¿A quién os dirigiais hace un momento?» A lo que él respondió: «Se puede muy bien ser filósofo en su gabinete, pero no en presencia de una horrible tempestad.»

La poderosa voz de Santo Domingo había puesto en movimiento al mundo cristiano. No bastándole expresar su devoción á María con oraciones, esculpió su pensamiento sobre el granito; cinceló su fervor en el mármol, y consagró á la Madre del Salvador esas encantadoras catedrales de las que cada piedra debía ensalzar su gloria: *Beatam me dicent omnes generationes*. ¡Oh! ¡Cuán grande era entonces el entusiasmo! Véase un pueblo convertido en artista; mil brazos á la vez, que traducían, como en Strasburgo, el pensamiento de un solo hombre. Prelados, príncipes, barones, abades, todos consagraban á aquella grande obra una gran parte de sus rentas, mientras el pueblo consagraba á ella el tiempo, la paciencia y el genio. Elegíase un jefe que

distribuyese á cada cual su tarea. Estos debían cortar ligeros capiteles ó cincelar elegantes consolas, mientras los monjes preparaban en sus celdas los cristales de color; aquéllos extraían de las canteras una piedra dócil al cincel; otros despoblaban los bosques de sus castaños seculares. Todos á la vez comprendían que se trataba de una obra de piedad, y á ella se disponían con la oración, con la purificación de sus faltas y con el perdón de las injurias. Su celo era, en consecuencia, muy ardiente: á veces cuando la noche arrojaba sus sombras sobre el edificio comenzado, veíanse brillar de repente millares de antorchas, cuya luz hacía palidecer el resplandor de las estrellas; y la muchedumbre, olvidando las fatigas del día, redoblaba su ardor en el trabajo, entonando himnos á María. Semejante entusiasmo debía producir necesariamente obras maestras, y así sucedió. ¡Ved Nuestra Señora de Dijón con su esbelto y gracioso frontispicio! ¡Ved la Abadía de Jumiéges, cuyas poéticas ruínas atestiguan su antiguo esplendor! ¡Ved Nuestra Señora de Strasburgo ostentando su aguja á 480 piés del suelo! ¡Ved Nuestra Señora de Reims, la catedral de las consagraciones, el Parthenon de la Edad Media! ¡Ved Nuestra Señora de Chartres, la basílica de dos pisos, orgullosa con sus tres mil estatuas! ¡Ved Nuestra Señora de Amiens, con su bosque de columnas y su aguja que se lanza hacia el cielo como una aspiración de la humanidad hacia el Omnipotente! ¡Ved Nuestra Señora de París, con sus dos inmensas torres!

Cuando la Edad Media no dedica ya á María sus catedrales, la reserva al menos una magnífica capilla, que coloca detrás del Santuario, y allí despliega toda la seducción de sus pompas. Los canastillos de los capiteles se tapizan de vides y yedra, las claves de las bóvedas complácense en los caprichos de su fantasía; las ventanas se ramifican en aéreos florones; las vidrieras de oro y púrpura resplandecen con imágenes y leyendas históricas, y la estatua de María se alberga bajo el rico dintel de un gracioso pináculo.

Continuando la serie de siglos, debería hablaros de las coronas de oro que las reinas de Francia ofrecían á Nuestra Señora; de los libros de rezo y canto que el paciente pincel de los monjes iluminaba de oro y azul; de los bélicos estandartes en que la imagen de María brillaba sobre las armas de Francia y España; de los navíos españoles protegidos por la presencia de Nuestra Señora; de las numerosas imágenes colocadas bajo el gótico portal de las casas, é iluminadas por lámparas nocturnas; de los rosarios de cuentas de oro que llevaban los reyes y grandes vasallos de Escocia. Debería asimismo deciros algo de los torneos caballerescos, en los que se celebraban brillantes justas en honor de la Virgen; de las Cortes generales que los monarcas ingleses celebraban el día de la Asunción; de las treguas que se ajustaban durante las festividades de María; de los ayunos semanales que se imponían en honor de la Virgen los reyes de Portugal. Debería recordaros también los Caballeros de Nuestra Señora de la Esperanza, cuya Orden instituyó Carlos VI; los barones flamencos, que adoptaran

el nombre de María como grito de guerra; los Dux de Venecia, que se retrataban de rodillas ante la Reina del Cielo; los príncipes que colocaron la Francia bajo la égida de María... Pero el tiempo nos obliga á contraernos en unos límites estrechos, y preciso me es hablaros ya de los tiempos modernos.

## PUNTO TERCERO.

### CULTO DE MARÍA EN LOS TIEMPOS MODERNOS.

Hacia el fin del siglo XVIII, nos vino de Italia la devoción conocida con el nombre de Mes de María. La primavera, que despierta á la naturaleza de su prolongado sueño, despierta á la vez en los corazones ciertos sentimientos que parecen adormidos. El Cielo los reclama para sí, y María aspira á tener en ellos la parte que la corresponde. ¿No era muy justo consagrarla todo este mes, siendo, como era, el único que no estaba santificado por alguna de sus festividades? ¿No era muy razonable dedicar á María el mes de los perfumes y las flores? ¿A quién mejor que á la más bella de las vírgenes se debía ofrecer las primicias de la primavera? Las artes todas habíanla ofrecido sus más puros homenajes. Por ella la poesía había murmurado sus más dulces cánticos; la música había modulado sus más armoniosos conciertos; la escultura había bordado sus más delicadas maravillas; la arquitectura había concebido sus más sublimes inspiraciones. La naturaleza, pues, debía asociarse al arte y reclamar su parte en ese culto universal; la primavera debía ofrecer á María el perfume de sus brisas, el esmalte de sus praderas, la naciente verdura de los árboles, y el dulce trinar de las aves.

Hay una devoción recientemente creada, que acaso está destinada á obtener frutos más abundantes que el Mes de María. Hablo de la Archicofradía, cuya institución presenta un carácter todo providencial. En 1836, sordas crisis agitaban á la sociedad; un malestar general habíase apoderado de los espíritus; se comprendía todo el vacío y la futilidad de las doctrinas volterianas, pero no por eso se quería volver al catolicismo. La filosofía sólo le concedía trescientos años de vida, y los hombres del progreso no hubieran querido ridiculizarse haciendo la corte á un moribundo. Fabricáronse nuevas religiones; inventáronse nuevos Mesías; se rehizo el programa de los humanos destinos; se simplificó mucho la moral y se emprendió despreocupar las conciencias. La empresa no dejó de obtener algún éxito, é hizose un gran comercio de dogmas. Aquel año, pues, fué precisamente el que Dios eligió para realizar su obra. Pero ¿habrá de efectuarse en un centro activo de piedad, donde la atmósfera no haya sido manchada por los miasmas de la impiedad? Nada menos que eso. Existía en Pa-

rís una iglesia pobre, abandonada, en la que fácilmente podían contarse los pocos fieles que la frecuentaban. En aquel barrio populoso el templo del agio tenía sus afiliados, los templos del placer tenían los suyos; pero la casa del Señor se hallaba vacía. Pues bien; en aquel centro de indiferencia y corrupción se estableció la obra maravillosa de la Archicofradía. En un principio sólo se componía de unos cincuenta fieles que se reunían para dirigir sus plegarias al Inmaculado Corazón de María. La Asociación pasó por el crisol de las pruebas; pero Dios la sostuvo, rodeándola de prodigios. Al cabo de algunos años, el grano de mostaza habíase hecho un árbol; la bellota se había convertido en corpulenta encina; y hoy día la Archicofradía extiende por todas partes sus poderosas ramificaciones. El católico de Singapoor se ha asociado al de Pondichery; el fiel de Smirna ruega por sus cofrades de Siam, y el Canadá se recomienda á las oraciones de Chile.

La rapidez de esta propagación prueba seguramente que el culto de María vive siempre en los corazones. Si se necesitase otra prueba, yo os citaría esas mil peregrinaciones consagradas á la Virgen, esos lugares benditos á donde afluye anualmente un incalculable número de viajeros, diseminados en todos los puntos del globo. El devoto peregrino puede escoger entre los más célebres. En Francia, nuestra Señora de la Preservación, á donde van los marinos á pié descalzo á cumplir las promesas que hicieron en medio de las tormentas; nuestra Señora de Rocamaudor, cuya soledad recuerda los desiertos de la Tebaida; nuestra Señora de Fourbières, desde donde Pío VII, después de celebrar los Santos Misterios, bendijo á Lyon y á toda la Francia; nuestra Señora des Ardilliers, á cuya invocación debió Luis XIII la salud y la felicidad; nuestra Señora de Liesse, á donde iba todos los años Francisco I á inclinar la majestad de su corona; nuestra Señora du Puy, cuya iglesia dependía inmediatamente de la Santa Sede. En Brabante nuestra Señora de Halle, ante cuyo altar colgó su pluma de plata el historiador Justo Lipsó. En Munich nuestra Señora del Auxilio, que protegió á los venecianos contra la invasión de los turcos. En Polonia nuestra Señora del Calvario, donde el oprimido va á soñar en su libertad. En Italia Santa María la Mayor, la más bella entre las cuarenta iglesias que Roma ha dedicado á la Virgen; nuestra Señora de Loreto, transportada en el aire por los Angeles; nuestra Señora de Bolonia, cuyo pórtico tiene una legua de largo. En Liorna nuestra Señora de Monte Negro, que parece proteger las azuladas olas del mar de Toscana. En Córcega nuestra Señora de Lavesina, que envía á la brisa de los mares el perfume de sus naranjos. En la Península ibérica nuestra Señora de Córdoba, tan frecuentada por aquellos piadosos españoles, que comenzaban todas sus tareas y conversaciones cambiando este saludo recíproco: *¡Ave María Purísima!*—*Sin pecado concebida*; nuestra Señora de Monserrat, que en una de sus pilstras conserva todavía colgada la espada de San Ignacio. En medio de los mares, nuestra Señora de Lampedouze, colocada sobre un is-

lote desierto, é iluminando con su misteriosa luz la oscuridad de las noches.

La inmensa afluencia de peregrinos, que anualmente van á visitar los altares de María, los cinco millones de asociados que cuenta la Archicofradía, el gran número de Congregaciones de la Virgen, la propagación siempre creciente del Escapulario, el fervor con que se celebran las festividades de María, y el Mes que la ha sido consagrado, todo nos prueba que nada tiene que envidiar nuestra época á los siglos anteriores en punto al culto de la Santísima Virgen. Y con todo, yo me atrevo á deciros que María no es todavía bastante honrada, puesto que aún puede serlo más. Hay un homenaje de que se muestra santamente codiciosa: el homenaje de nuestro corazón. La ofrenda que ante todo ambiciona, es la de nuestros sacrificios. ¿No la rehusáis frecuentemente el más vivo objeto de sus deseos? ¿No contristáis su amor maternal con innumerables caídas? En vano intentaréis paliar vuestros defectos alegando la fragilidad de vuestra naturaleza. Ya que conocéis vuestra debilidad, lanzaos á los brazos de María; ella será vuestro sostén y vuestro apoyo. Cuando sintáis flaquear vuestras fuerzas, invocadla desde el fondo de vuestro corazón, diciéndola: ¡Oh María! Vos sois la Torre de David; protegedme contra los asaltos del espíritu infernal. Sois la Arca de la Alianza; dadme un asilo en vuestro santo Tabernáculo. Sois la Virgen clemente; olvidad la torpeza de mis faltas. Sois el Trono de la Sabiduría; haced que yo pueda subir sus gradas. Sois la Estrella de la mañana; haced que ilumine la oscuridad de mis días. Sois la Puerta del Cielo; haced que se abra para mí. Sois la Madre del Salvador; sedlo también mía!

María, os lo aseguro, no se hará sorda á vuestro llamamiento; os tenderá la mano, dirigirá vuestros pasos; y cuando llenos de buenas obras lleguéis á la presencia de Dios, os dirá: «¡Ved como no han sido estériles vuestras plegarias! Me suplicasteis que intercediese por vosotros en la hora de la muerte, y yo os he alcanzado la gracia de un profundo arrepentimiento. Me llamasteis frecuentemente Madre del Salvador, y yo quiero llamaros siempre hijos míos. Me saludasteis con las palabras del Arcángel Gabriel, y yo á mi vez quiero daros la salvación, la paz y la bienandanza. Me apellidasteis llena de gracias, y yo quiero colmaros de todas cuantas están á mi disposición. Muchas veces repetisteis que el Señor estaba conmigo, y yo quiero que esté también con vosotros, porque jamás Dios separará el Hijo de la Madre. Es la gracia que os deseo á todos, etc.

CORBLET.